

con una santa vivacidad; hijos respetables, que representais tan vivamente á nuestros ojos la imagen de nuestro Padre Celestial; ilustres desgraciados, cuyos viles andrajos son todavía mas brillantes que las púrpuras de los reyes. Pobres, si hay aquí algunos, yo puedo deciros con verdad lo que Pedro dijo á un mendigo que posaba á la puerta del templo: aunque me entenece tu miseria, no tengo oro ni plata con que aliviar tus penas; pero yo te doy con todo mi corazón todo lo que poseo.

Yo he levantado la voz en defensa de vuestros derechos: puede ser que los ricos tocados de la palabra santa, aviven su caridad casi apagada; yo lo deseo, y es todo el regalo que puedo haceros. Y vosotros ricos, persuadió de la obligación de la limosna; que de hoy en adelante al ejercer la caridad, sean vuestras miras rectas, vuestros deseos puros, seguros vuestros motivos, y rectos vuestros procederés; no haya ya pretextos que os detengan, pasiones que os seduzcan, ni amor propio que desluzca el mérito de vuestras obras.

Sean vuestras limosnas prontas, compasivas, abundantes, secretas, legítimas y universales; que de este modo revestidos de todas las cualidades cristianas, ellas os prepararán el camino seguro de la felicidad.

## SERMON

PARA EL MIERCOLES DE LA CUARTA SEMANA  
DE CUARESMA.

IDEA. MOTIVOS É IDEAS DE SANTIDAD QUE NOS PROPONE LA FE.

*Me oportet operari opera ejus, qui misit me, donec dies est: venit nox, quando nemo potest operari*  
(Joan. 9. v. 4.).

Mas ilustrados y más dóciles nosotros que los judíos, creemos que el Mesías predicho por los Profetas, anunciado por los Patriarcas, y figurado por las Escrituras, está entre nosotros. En medio del cristianismo, hacemos profesión pública de su religion y de su fe; pero ¿no es bien extraño que nuestras costumbres vayan tan poco acordes con nuestra creencia, y que con una fe tan santa tengamos una vida tan vacía de buenas obras? Porque ¿cómo podreis justificar vosotros una vida tan estéril é inútil? Me direis que Dios no pide mas de vosotros que lo que haceis. Diréis tambien que no podeis tolerar una vida mas activa. Examinemos, pues, como se deben entender las verdades de la fe que profesamos, y hallaremos en ellas que Dios se ha propuesto dos cosas: primero, que ha querido darnos á conocer el grado de perfección á que somos llamados en calidad de cristianos; segundo, que ha querido animarnos para que aspirásemos sin cesar á es-

ta perfeccion. Por una parte era preciso darnos á conocer la extension de nuestra vocacion y de nuestras obligaciones; por otra era necesario fortalecer la languidez que nos es natural, y esto es lo que hace la fe.

¡Cuán vanas, pues, son vuestras excusas cuando intentais justificar la vida inútil que teneis! Para destruirlas, me basta oponeros contra ellas, primero: las excelentes ideas de santidad que nos da la fe; primera reflexion que nos mostrará toda la extension de las buenas obras que debemos hacer: segundo, los poderosos motivos de santidad que la fe nos propone; segunda reflexion que nos animará en la práctica de las buenas obras.

#### PRIMERA PARTE.

Que el cristiano esté obligado por su estado á tener una vida santa, cristiana y llena de buenas obras, San Pablo se lo decia á su discípulo Timoteo, y que lo predicase altamente con estas palabras: mandad á los que estén bajo vuestro cuidado, que no se ceben en cosas fútiles ó ideas locas, que solo sirven para entretener la vanidad; que no pongan su confianza en riquezas inciertas, que independientemente de nuestra voluntad se nos dan ó se nos quitan; pero exhortadles á que construyan sobre fundamento sólido para lo venidero, y que pueda él solo hacerlos esperar la verdadera vida y felicidad. Y así, en sentir del Apóstol, la obra de la salvacion es un edificio que todos debemos construirle. ¿Pero sobre qué se ha de fundar este edificio? Escuchad, y

sabed que se edifica sobre arena cuando no se construye sobre la virtud. Mandad, pues, á los que quieran fundar el edificio eterno, que hagan bien.

¿Qué quiero decir con esto, sino que para ser cristiano es menester obrar y trabajar? La ley Evangélica, dice San Gerónimo, no es una ley cobarde é indolente: las leyes humanas pueden acomodarse con la vida afeminada y sensual de los hombres; pero la ley de Jesucristo pide acciones y obras. Dice expresamente el Evangelio, que Jesucristo no ha venido á este mundo para traer á él una falsa tranquilidad, sino para poner en nuestras manos la espada; esto es, que nosotros debemos trabajar y obrar incesantemente. ¿Qué mas ordena? Que la viña ingrata y estéril, sea arrancada; que el árbol infructuoso, sea cortado; que el siervo cobarde y perezoso que no hubiere empleado bien su talento, sea despojado de todo y arrojado á las tinieblas exteriores; por consiguiente, que el que no trabajase en las obligaciones de cristiano, sea tratado como el siervo inútil. Juzgad por todo esto si estais obligados á hacer buenas obras, y si vuestra vocacion al cristianismo os obliga á ello.

La santidad del cristianismo es una santidad de práctica entera y universal. La religion considera al hombre no solo respecto á Dios, de quien ha recibido el ser, sino respecto á los hombres, con los que ha de vivir, y tambien respecto á sí mismo. Ahora, pues, estas tres ideas, os empeñan á cumplir tres obligaciones diferentes: la una respecto á Dios, la otra para con el próxi-

mo, y la tercera para con vosotros mismos. Se quiere que tributemos á Dios lo que á Dios le pertenece; una preferencia que supere á todos los bienes criados, un amor tan vivo que nosotros le amemos solo á él, y que no obremos sino por él; pero quiere tambien el Señor, que demos al César lo que se le debe: esto es, á vuestro prójimo una justicia y una caridad proporcionada á los diferentes grados de perfeccion á que aspirais. ¿Sois fieles en el cumplimiento de estas dos obligaciones? pues no estais exentos de la obligacion que os debéis á vosotros mismos: ya debéis hacer que suceda la oracion á la accion, ya la accion á la oracion: debéis moderar las amarguras del odio con la mansedumbre, y los alhagos del deleite con la mortificacion.

Cristianos, se os encarga que hagais todos vuestros esfuerzos para ganar el cielo: ahora bien, ¿qué esfuerzos haceis para esto? vosotros que teneis una vida afeminada y ociosa; vosotros que desde la mañana hasta la noche, os dedicais á desviar de vosotros todo lo que tiene el mas leve asomo de pena y contradiccion; vosotros que asustados al oír no mas el nombre de la virtud, os retirais, remitís y alargais el tiempo luego que se trata de dar un paso para la conquista del cielo; vosotros que buscáis mil pretextos de modificacion, y las ocasiones de dispensaros de todo; ¿qué haceis vosotros para ganar el cielo? ¿vosotros que teneis una vida ociosa, viciosa y sin acciones buenas? Sé muy bien cuantos son los rodeos que se hallan, y las fatigas que se emprenden luego que se trata de algun interés tempo-

ral; pero una vida llena de cosas que solo miran al mundo, y que no tienen la mas leve relacion con el cielo, ¿no es una vida vacía de buenas obras? ¿no es una vida absolutamente pagana, en la que no hay la mas leve señal de cristiandad?

Se pide y se le manda al cristiano una práctica constante y continua de buenas obras; ¿y dónde hallaremos esta práctica constante? ¿en una vida solo llena de deleites, de diversiones, de frivolidades? ¿En una vida absolutamente mundana, disipada y sensual, en la que Dios y el cielo no tienen parte alguna? ¿Es todavía jóven? todavía no está en sazón para practicar obras de piedad: ¿es ya avanzado en edad? debe pensar en algun establecimiento para sí: ¿es casado? ya no tiene fuerzas para hacer lo que otros hacen: ¿está enfermo? ¿no es muy bastante tener dolores y trabajos que sufrir? y así las riquezas, los vestidos y ornatos, el juego y los paseos, este es todo el estudio de los cristianos, esta es toda su explicacion, y estas todas las obras que hacen.

La práctica de las obras cristianas ha de ser sublime y heróica. Muy infeliz sería yo, si viniera ahora á imponeros un yugo que no pudierais llevar; pero tambien sería mucho mas desgraciado, si en la cátedra de la verdad una cobarde condescendencia me hiciera disfrazar toda la fuerza de una moral, de la que solo se entiende la relajacion para autorizar las pasiones; y sería muy extraño que con el pretexto de una severidad mal entendida, unos cristianos que hacen profesion de seguir el Evangelio, quisieran dispensarse de practicarla. Lo que se os pide es, que os despren-

dais de los bienes de la tierra en medio de su posesion; lo que se os pide, es una perfecta abnegacion de vosotros mismos, y que os abraceis con la cruz; lo que se os pide, es un cumplimiento inviolable de vuestras obligaciones. ¿Entendeis bien todo esto?

Llamo ahora á vuestra rectitud; ¿quién de vosotros, si procede de buena fe, puede mirar la conducta que se tiene en el mundo, sin deducir de ella que apenas se hallará práctica alguna heroica de virtud? ¿cómo se mira á un predicador, luego que habla de la obligacion que todos tenemos de mortificarnos, de separarnos del mundo, de reprimir las pasiones, de hacerse violencia y perdonar las injurias? Alguno de los predicadores, que lleno de zelo por la ley de su Dios, anuncia estas santas máximas, ¿no es mirado como un hombre incómodo é insoportable? sin embargo, cada uno dice de sí, que es cristiano. Por cualquiera lado que nos consideremos, estamos obligados á inferir, que hay muy pocos cristianos fieles á su vocacion. Dios, dice el Profeta, mira desde lo alto del cielo, examina y considera á los hijos de los hombres. ¿Y qué es lo que ve? corrupcion y abominacion en los unos, cobardía y negligencia para obrar en los otros, desórdenes excesivos, proyectos de iniquidad, máximas de error y mentira por una parte, inaccion, pereza y olvido por otra.

## SEGUNDA PARTE.

Cristianos, lo que se os pide es una cosa gran-

de: la ley es difícil de practicar, y las obras impuestas no se cumplen sin gran violencia: convengo con vosotros en esto; pero primero, ¿quién es el amo á quien servís? ¿es digno de vuestros cuidados? y si es digno, ¿podeis titubear un instante en seguir el camino que os ha señalado? Nada nos manda Dios que no lo haya meditado su sabiduría, y que no podamos ejecutar nosotros. Este mismo Dios es quien ha criado las criaturas, y en cuya presencia son nada todas las grandezas de la tierra. Es un Dios penetrante y luminoso, que sondea los interiores y lee las conciencias; si subís al cielo, allí le hallareis; si descendéis al infierno, allí le encontrareis tambien; aunque todo se arruine y perezca, él provee todos los tiempos; aunque todo se trastorne, él permanece imperturbable; es por excelencia el Dios fuerte y el Altísimo, existe en todos los tiempos, y está en todos los lugares.

Oh! hombre, aprende á conocer aquel á quien debes obedecer; te quejas de la injusticia de los hombres, cuando te imponen un yugo que no puedes soportar; pero cuando Dios te impone el suyo, reverenciale como un yugo que te es debido, y que no puedes ni debes sin la mayor injusticia excusarte de llevarle. La fe procura un gran medio para vencer todas las dificultades que pueden oponerse á esta santa práctica; pero no basta esto, aun va mas adelante: si el hombre no fuera animado por el amor, y estimulado por el reconocimiento, sería presto debilitado su zelo, y perecerian todas sus obras.

Y ciertamente, ¿qué hace la fe para desper-

tar nuestra gratitud? Nos acusa el tiempo; nos acuerda los beneficios de Dios; en este bello recuerdo ¡qué manantial de gracias y misericordias! ¡qué misterios de liberalidad! Ya es un Dios sacando del seno de la omnipotencia el cielo y la tierra, formando los elementos, creando las estaciones, dándole al universo todo género de riquezas en favor del hombre; ya es un Dios oculto é incomprendible para el entendimiento humano, de omnipotente hecho débil, de impasible mortal, y de juez severo convertido en Salvador benigno; últimamente, un Dios hecho hombre, para ensalzar al hombre hasta el mismo Dios.

Yo no sé si estará atenta vuestra reflexión, cristianos; pues sabed que cuantas palabras profiero, son otros tantos misterios de nuestra fe. ¿Será racional y justo, que nos lamentemos de la dificultad que hallamos en la práctica de las obras santas, cuando vemos al soberano Autor de nuestra vida y de nuestra fe haber hecho y padecido tanto por nosotros? ¿Será, cristianos, bella excusa para reconocer tan grandes beneficios, alegar las dificultades que se hallan en este reconocimiento? ¿Qué bastará para obligarnos á la gratitud, si no nos dejamos vencer de tan poderosos motivos?

Digo aun mas: ya que el amor y gratitud no mueva nuestro reconocimiento, seamos á lo menos sensibles considerando nuestro propio interés. Cuando la fe no tuviera otros motivos que proponernos sino los bienes que nos promete, ó los males con que nos amenaza, ¿serian necesarios otros mas, para inclinarnos al lado de la vir-

tud? Notad atentamente que la fe no nos llama á la posesion de los bienes frágiles y caducos de la tierra, sino á los bienes sólidos, celestiales y eternos; no nos propone la fe una dicha imperfecta é incapaz de contentarnos, sino una felicidad perfecta, y una dicha absolutamente imperturbable; la que ninguno podrá quitarnos, y la que no podremos renunciar sin exponernos á la mayor de todas las desgracias.

Decid despues de todo esto que se os pide demasiado, y que no teneis bastante valor para emprender lo que se os pide, y para superar todas las dificultades que se hallan en el camino que la fe os traza, sin considerar los bienes infinitos que os esperan al fin de la carrera. Vosotros no tomáis el Evangelio sino por lo penoso y difícil, sin considerar las dulzuras y recompensas que en él se proponen.

Oid la individuacion que hace San Pablo, y considerad cuan gran causa hallareis en ella para vuestra confusion. Cuando obedeció Abraham á Dios en el sacrificio de su hijo único: cuando José se desprendió de los brazos de una muger que intentaba seducirle: cuando Moisés prefirió verse afligido con el pueblo de Dios, á una fortuna la mas alta, y á una corona la mas poderosa para lisonjear la ambicion de los mortales: cuando David menospreció las grandezas y se hizo humilde y penitente, coronado con la diadema y rodeado de las delicias de la corte: cuando tantos mártires, anacoretas y religiosos han triunfado del mundo con la gracia, con el menosprecio, con el retiro, para ir á habitar las selvas mas

sombrias, las grutas mas tenebrosas, y las cavernas mas tristes: cuando sufrieron el cruel furor de los tiranos, la rabia de los verdugos: cuando toleraron con alegría las burlas, los oprobios, los azotes, las cadenas, las prisiones; que fueron apedreados, despedazados y hechos trozos: cuando sostuvieron tan crueles pruebas poniendo la vista en la fe, ¿tenian otro Dios que el vuestro? ¿Eran hombres de otra naturaleza que vosotros?

¿Cómo la misma fe que vosotros profesais, pudo hacer que se retiraran á lugares ásperos é intransitables y en vastas soledades, á tantos solitarios y anacoretas? y esta fe que les inspiró tanto valor, ¿no tendrá poder para apartaros siquiera por algunos dias de esas peligrosas compañías, de esos juegos, de esos paseos en que la menor pérdida es siempre la del tiempo? esta misma fe que vosotros profesais, pudo comunicar á los mártires ya moribundos un rostro alegre y agradable; hacer que hallasen placer en las catastas y braseros encendidos; ¿y esta misma fe no podrá haceros suaves algunos ejercicios de religion? ¿pudo esta misma fe hacer que fervorosos religiosos lo renunciassen todo por Jesucristo, y no podrá á lo menos en vosotros apagar esa sed insaciable de adquirir y atesorar bienes caducos y perecederos?

Digámoslo todo: esta fe ha hecho derramar arroyos de sangre, torrentes de lágrimas, en iguales casos en que no puede arrancar de vuestros ojos una lágrima, ni de vuestro corazon un suspiro. En vista de todo esto, ¿podeis gloriaros del augusto nombre de cristianos, vosotros que le des-

honrais y no podeis sostener su dignidad? ¿Podreis jactaros de que vuestra vida es inocente, y que no hay cosa reprehensible en vuestra conducta? ¡Ay! todas vuestras acciones, ó mas bien la inutilidad de vuestra vida, da muy bien á conocer lo que sois. ¿Por qué haceis ese monstruoso cúmulo de vicios y virtudes? ¿Por qué os llamais hijos de Abraham, y no haceis sus obras? ¿Por qué os titulais hijos de la Luz, y vivís como hijos de las tinieblas? Esta es la sangrienta reprension que hacia San Juan Crisóstomo á los cristianos de su tiempo.

Vivid con sobresalto y temor, ó vosotros en quien todas las acciones manifiestan con la mayor claridad la pequeñez de la fe. Sabedlo desde hoy, y no lo olvidéis jamás, que la fe se les quitará á todos los que no hubieren obrado bien. ¿Qué salario merecen los que están ociosos todo el dia? ¡ah! caerán poco á poco en la languidez, y de la languidez en una especie de muerte, que no conoce el mayor número de los hombres; pero que no por esto deja de ser real en la presencia de Dios.

Este mismo fue el estado de aquel Obispo del Apocalipsis, que aunque muerto, tenia todas las apariencias de vivo. Tales son en nuestro tiempo casi las mas gentes del mundo: no hablo de los que han enarbolado el estandarte del libertinaje, y cuya vida es un retrato del paganismo; hablo de nuestros presumidos cristianos, de esos cristianos en quienes el mundo respeta una bondad aparente. ¡Ay! el mayor número, no tienen sino las apariencias de religion; tienen el nombre de